

Relaciones de género e interétnicas entre jóvenes indígenas migrantes en la Ciudad de México

Jahel López Guerrero

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades (CEIICH)

Resumen

Con base en la información recabada en dos salones de baile ubicados en el centro de la Ciudad de México, donde se reúnen migrantes rurales e indígenas, desarrollo el presente artículo, cuyo objetivo se centra en mostrar las formas en que se relacionan mujeres y varones que asisten a estos espacios durante sus días de descanso, conformando una cultura juvenil migrante e indígena que se apropia de variados espacios de la ciudad, en los cuales experimentan la juventud como un periodo lúdico y placentero, aunque esto no borra para estos jóvenes las asimetrías de género, las jerarquías étnicas y la connotación de clase.

Palabras clave

Relaciones de género, relaciones interétnicas, jóvenes indígenas y migrantes

Abstract

Based on the information collected in two ballrooms located in the center of Mexico City, where rural and indigenous migrants gather, the aim of this article is show the ways in which young women and men, that assist such spaces in their free time, construct a migrant and indigenous youth culture which appropriates varied spaces within the city and in which the youth experience as a fun and pleasurable period in their life. However, gender asymmetries, ethnic hierarchies and the connotation of class still define their interactions and interrelations.

Keywords

Gender relations, interethnic relations, migrant and indigenous youth

Introducción

El presente artículo se desprende de mi tesis doctoral titulada *Mujeres indígenas en la Zona Metropolitana del Valle de México*:¹ *experiencia juvenil en un contexto de migración*, en la cual me propuse indagar si la juventud es parte de la experiencia de las mujeres indígenas que migran a la ciudad para trabajar y, de ser así, entonces caracterizarla. Durante la investigación realicé observación participante en dos salones de baile ubicados en el centro de la ciudad de México, donde mujeres y hombres jóvenes procedentes de comunidades rurales e indígenas se reúnen cada fin de semana con el objetivo de pasar su tiempo libre, conformando un espacio de pertenencia en el que pueden intercambiar y compartir gustos musicales, estéticos y afectivos con sus pares y semejantes en condición de edad, etnia y/o clase; advirtiendo algunos elementos que cohesionan a estos migrantes y que los lleva a acudir regularmente a dichos lugares durante su estancia en la ciudad y en la etapa previa a la vida adulta.

Con base en la información recabada presentaré una parte de la etnografía realizada en estos salones de baile a los que definí como “cronotopos de género”, categoría que retomé de la antropóloga Teresa del Valle (2000) para analizar las formas de relación entre mujeres y varones jóvenes migrantes, que en interacción con el género, el grupo étnico y la temporalidad de la migración me permitieron observar la disposición que las mujeres indígenas tienen para relacionarse con otras mujeres que no son de su mismo grupo cultural, al tiempo que establecen vínculos siempre cuidadosos con los varones, sean éstos indígenas o mestizos.

Desarrollo de la investigación

A partir de la triangulación de una perspectiva antropológica, transcultural y de género sobre la juventud, podemos decir que esta última es una construcción diferente en el tiempo y el espacio, por lo que no encontramos una sola juventud, sino una multiplicidad de juventudes que se derivan del contexto socio-cultural en la que se desarrollan (véase: Feixa, 1998; Alpízar y Bernal, 2003; Pérez Islas, 2008; Reguillo, 2000 y

¹ En adelante ZMVM.

2010; Urteaga, 1990, 1996, 2010; Mead, 1994; Amit-Talai y Wulff, 1995; Wulff, 1995^a; Duarte, 2000; Feixa y González 2006; Garber y McRobbie, [1976] 1983; Bonder, 1999; Arteaga, 2001; Berga, 2003; Riquer y Tepichín, 2003; Silveira, 2003).

Por lo anterior, fue necesario analizar el tejido social particular en el que se desenvuelven los diferentes pueblos indígenas contemporáneos, ubicando así distintos espacios en los que hoy en día las y los jóvenes indígenas se constituyen como grupo específico con demandas propias. Desde la etnografía sobre jóvenes indígenas, los espacios donde actualmente se está construyendo la juventud indígena son: la escuela, el trabajo y la migración (Urteaga, 2008a y 2008b).

Específicamente, podemos caracterizar a la migración como un fenómeno en el que las y los jóvenes en general y los indígenas en particular, se conforman y son constituidos como sujetos de juventud, pues en las dinámicas de los pueblos está incluyéndose como una de las formas posibles de inserción social para las nuevas generaciones, y podríamos plantear que la migración está siendo casi, la única forma que está permitiendo la reproducción de muchas comunidades indígenas (Bello, 2008; Reyes, 2010). De este modo, un primer reto de la investigación fue, entonces, mostrar que la juventud podía ser parte de la experiencia de las mujeres indígenas migrantes, encontrándome que hasta hace poco tiempo, este periodo de la vida se había considerado ausente en las sociedades indígenas, pues el tránsito de la niñez a la adultez estaba marcado por el matrimonio, el cual además ocurría para mujeres y varones a edades muy tempranas (Pacheco, 1997). Sin embargo, esta situación se ha ido modificando debido a las transformaciones en las que se han visto envueltas las comunidades indígenas, producto de la transición demográfica,²

² Experimentada en el país a partir de la década de 1970, en la que se vivió primero la persistencia de patrones de alta fecundidad junto con la disminución de la mortalidad, situación que provocó un vertiginoso aumento de la población, ocasionando una fuerte presión en el sistema productivo, el medio ambiente y la explotación de recursos naturales, la provisión de servicios y la expansión del espacio urbano (Valdés, 2004); tal situación ha provocado un cambio en la estructura de las edades (Mier y Terán y Rabell, 2005), colocando en la actualidad al grupo de jóvenes en un porcentaje predominante con respecto al resto de grupos de edad y que, en prospectiva, envejecerá a la población en las siguientes décadas; tendencia que se advierte en general en la sociedad y, en particular, en los contextos indígenas (Zúñiga, 2004).

cambios en la política económica³ y en el intercambio económico-cultural a nivel mundial,⁴ así como de una nueva posición política de los pueblos indígenas en el Estado-nación y en las relaciones internacionales;⁵ el resultado, la visibilidad y el protagonismo de diferentes grupos dentro de las sociedades indígenas, entre ellos las y los jóvenes.

Tal presencia de las juventudes indígenas se debe también a un “viaje teórico” en la teoría antropológica, que nos da la posibilidad de explicar a la cultura como una entidad heterogénea y dinámica, lo cual a su vez nos da la posibilidad de no continuar estudiando a las culturas indígenas como entidades homogéneas y sin conflictos internos como habían sido descritas por perspectivas funcional-estructuralistas, fuertemente arraigadas en el estudio de la cultura y de las sociedades indígenas en México y otros países latinoamericanos (Urteaga, 2008b).

Al centrar la atención en la experiencia de las mujeres y concretamente en la de las jóvenes indígenas, encontré datos aislados sobre este grupo en particular en la etnografía de las mujeres indígenas y en algunos

³ La economía de sustitución de importaciones ha pasado a una de libre mercado, cuyos efectos se ven de manera trágica, por decir lo menos, en el ámbito rural y en las zonas marginales de las ciudades del país, en donde el fenómeno migratorio (tanto en su modalidad de migración interna como internacional) es actualmente el segundo gran protagonista de la dinámica demográfica del país y, por supuesto, del mundo. Los migrantes en este nuevo contexto se dirigen a las zonas agroindustriales, o bien, a las zonas urbanas que ha visto fortalecido el sector de servicios, donde estos migrantes rurales han podido incorporarse bajo la condición de trabajadores precarios (sin contrato, ni prestaciones y, en el mejor de los casos, apenas percibiendo el salario mínimo), y muchos más incorporándose a la migración internacional, principalmente hacia Estados Unidos, donde enfrentan además, la “ilegalidad” que les coloca en una situación exponencialmente vulnerable (véase: Arizpe, 1978; Arias, 2009: 19).

⁴ La globalización es un concepto que permite entender las dinámicas de un mundo global cada vez más conectado y coordinado, pero también más polarizado y excluyente a partir de las diferencias de género, edad, étnicas y de clase. Tal concepto forma parte de la teoría de la globalización, ésta se propone como un prisma para interpretar los eventos que tienen lugar en los campos del desarrollo, la economía mundial, los escenarios sociales y las influencias culturales y políticas que se están dando entre los diferentes estados-nación a nivel mundial (Saskia Sassen, 2007).

⁵ En el caso de México, el movimiento indígena comienza a consolidarse hacia la década de 1970, pero es en los años noventa del siglo pasado cuando ocurren acontecimientos que nos permiten hablar de un sujeto político con identidades particulares que reclaman el reconocimiento de derechos específicos, intentando romper con la relación clientelar y asistencialista que habían mantenido con el Estado mexicano a partir del periodo posrevolucionario de 1910 (véase entre otros: Maya Lorena Pérez Ruiz, 2000).

estudios sobre migración femenina. En el primer caso, el estudio de las jóvenes se ha utilizado para estudiar el cambio cultural en la condición e identidad femenina entre generaciones, y en el caso de la migración femenina, las jóvenes aparecen como un sujeto económico que forma parte de las estrategias de reproducción de las familias y comunidades de salida.

A partir de la revisión bibliográfica planteé que las jóvenes indígenas migrantes también participan en una dinámica particular, pues tienen la posibilidad de vivir fuera de la casa de los padres sin que esto implique el paso a la vida conyugal; pueden trabajar fuera del ámbito familiar y comunitario, y con ello, percibir y manejar recursos económicos, que regularmente comparten con su familia de origen, pero que también pueden utilizar en beneficio propio, comprando ropa, accesorios y artículos varios como teléfono celular, aparatos para escuchar música, así como la utilización de recursos para la recreación y diversión; experimentar el noviazgo como una etapa previa a la vida conyugal, y en este mismo tenor, la posibilidad de ejercer su sexualidad separada de la reproducción, al flexibilizarse, pero no borrarse, las formas de control familiares y comunitarias; la posibilidad de relacionarse con mujeres y hombres no pertenecientes a la comunidad o grupo étnico del que ellas provienen; y, por último, la experiencia de compartir y construir espacios con otras y otros iguales en condición o situación, para hacer uso del tiempo libre y del ocio.

Los sujetos y el contexto de la investigación

Por diferentes razones que no puedo describir aquí, por falta de espacio, decidí analizar la experiencia juvenil de las mujeres indígenas que migran a la ciudad para trabajar, especialmente en el empleo doméstico remunerado y, en menor medida, en otros ramos del sector de servicios, empleándose casi siempre de manera informal en estos ámbitos laborales.

Este grupo de jóvenes migran de zonas rurales a la ciudad solas, pero utilizando las rutas migratorias y las redes sociales establecidas desde hace décadas por migrantes, mujeres y hombres, indígenas y mestizos; interconectando de este modo a diferentes regiones del país en las que las/los migrantes establecen flujos de intercambio entre lugares de salida y destino.

Estos son cada vez más distantes e irregulares en términos del regreso de migrantes o los lugares de origen, debido a que las condiciones socio-económicas, especialmente en las regiones indígenas, se pauperizan rápidamente, haciendo más complicado el regreso de los migrantes que salen de estas zonas (Arias, 2009), sobre todo para las generaciones jóvenes, que por su alta densidad demográfica y la misma situación económica, tienen que desplazarse de sus lugares de origen en búsqueda de medios para reproducirse y ayudar a las generaciones adultas a sobrevivir.

Por otro lado, las zonas urbanas en el país han dejado de concentrar las actividades industriales, específicamente la ciudad de México se ha convertido en una ciudad de servicios que se desarrolla de manera dependiente en un circuito que interconecta una forma de vida globalizada, que ha transformado completamente los mercados de trabajo, donde se han podido insertar las mujeres urbanas, quienes a su vez requieren de la mano de obra femenina, especialmente jóvenes, que abandonan las zonas rurales e indígenas, para que las sustituyan en las tareas domésticas y de cuidado, haciendo funcionar así un sistema altamente asimétrico y desigual.

Así mismo, para operar como ciudad global, la ciudad de México ha tenido que invertir en una infraestructura que le permita contener los altos índices de mano de obra que se requieren para hacerla funcionar y también necesita de servicios, por lo cual en las últimas dos décadas se han venido construyendo masivamente por un lado, nuevas zonas habitacionales con grandes centros comerciales, y por otro zonas operativas donde los grandes consorcios transnacionales realizan sus transacciones; las primeras y segundas zonas descritas se interconectan a través de vías de comunicación (Sassen, 2007).

Todo esto requiere de mano de obra, la cual proviene también de zonas rurales, donde grandes contingentes, principalmente varones jóvenes, se incorporan como albañiles en la industria de la construcción, la cual está detrás de este complejo proceso de funcionamiento de la “ciudad global”, adjetivo que hoy caracteriza a la ciudad de México (*Ídem*).

Si bien las/los jóvenes han formado parte de los flujos migratorios indígenas a la ciudad, el contexto actual tiene características singu-

lares para este grupo etario, pues se conjuga un nuevo sistema económico que opera a nivel global, el desmantelamiento de las formas de vida tradicionales y la alta densidad de población joven indígena. Encontrándonos así ante:

[...] jóvenes indígenas luchando por el reconocimiento dentro de contextos de asimetría y desigualdad; jóvenes indígenas relegados de las estructuras de organización social mermaidas por el desequilibrio económico, lo que finalmente los obliga a migrar al no tener alternativas de sobrevivencia en los lugares de origen; o, finalmente, encontramos jóvenes indígenas que en los lugares de migración se constituyen como actores sociales que no logran integrarse a la sociedad receptora, ubicándose como un grupo social que ocupa los espacios más bajos de una organización altamente jerarquizada. (Pérez Ruiz, 2008a: 53)

Para las jóvenes, la edad promedio en la que ocurre la migración oscila entre los 12 y 19 años de edad, según mis datos de campo. Por las características de migración y laborales, estas jóvenes se asientan⁶ en la ciudad de manera aislada (Durín, 2009), viviendo la mayor parte del tiempo en la casa de sus empleadores, otras más se asientan de manera dispersa, compartiendo una vivienda con parientes, paisanos o amistades los fines de semana o todos los días, dependiendo de su actividad laboral.

Dichas formas de asentamiento hacen complicado identificarlas en la dinámica citadina, donde los estudios más relevantes se han enfocado en migrantes que se establecen en la ciudad de manera congregada y que, de alguna manera, han establecido enclaves étnicos (Hiernaux-Nicolás,

⁶ Farfán, Catillo y Fernández (2003), proponen dos formas de asentamiento de los migrantes indígenas en la ciudad: congregada o dispersa. En la primera forma las/los migrantes de una misma comunidad y/o etnia se asientan en un predio o en viviendas continuas de una colonia o barrio, mientras que en el caso del asentamiento disperso, integrantes de una misma comunidad y/o etnia se establecen en diferentes puntos del lugar a donde migran, sin estar en contacto permanente con sus parientes o paisanos también establecidos en el lugar de migración. Durín (2009) propone además el asentamiento aislado, forma a la que se adscriben mujeres que se dedican al trabajo doméstico remunerado y que viven durante gran parte del tiempo en casa de sus empleadores, donde se mantienen prácticamente “aisladas” de sus grupos culturales. Tal situación acarrea para las personas que viven en esta situación problemáticas emocionales que las hacen sentirse alejadas de sus seres queridos, y también vulnerables, pues muchas veces están incomunicadas, viviendo en la casa de extraños.

2000) en distintos puntos de la ciudad. Estas jóvenes tienen una contraparte masculina que también labora en el sector servicios y una gran parte de ellos en la industria de la construcción como albañiles. Como los varones no constituyeron un foco de atención como tal en la investigación, no tengo claridad en la edad en que migraron, pero sí puedo decir que los varones que se dedican a la albañilería, tiene la posibilidad de vivir en la obra (construcción) en la que trabajan, con otros parientes, paisanos o amistades, la mayoría por supuesto varones, con quienes crean un espacio de relaciones sociales y hasta comunitarias masculinas, multiétnicas y multigeneracionales, según lo reportan Federico Gama (2008) y José Ángel Sánchez (2009). En los datos que pude recolectar sobre estos varones también encontré que comparten viviendas con familiares, compañeros de trabajo, parientes y paisanos, incluso algunos que se dedican a la milicia, viven en hoteles de paso mientras tienen que estar en la ciudad.

A pesar de las dificultades para ubicar a las/los migrantes indígenas que se asientan de manera aislada o dispersa en la dinámica cotidiana de la ciudad, éstos han establecido en diferentes puntos de la ciudad, lugares de reunión —descritos más adelante— en los que se encuentran con parientes y paisanos, pero también donde tienen la oportunidad de convivir con mujeres y hombres de su mismo grupo étnico y de edad, con quienes pueden reproducir su lengua, fortalecer los lazos de parentesco y establecer relaciones conyugales o de matrimonio.

Sin embargo, también pueden llegar a relacionarse con personas de otros grupos étnicos, incluidos a migrantes mestizos con quienes pueden llegar a establecer lazos de amistad, cortejo, noviazgo y matrimonio, debido a que con ellos comparten la situación de migración y laboral, pues estos migrantes mestizos también provienen de zonas rurales que se insertan más o menos en los mismos tipos de empleo que las/los migrantes indígenas.⁷

⁷ Aunque existen tensiones entre las/los migrantes indígenas de diferentes etnias y con las/los migrantes mestizos, en el análisis que realicé en la investigación, no fueron percibidas con total claridad. Lo que pude observar es que para algunos migrantes indígenas, el hablar con acento indígena el español les posiciona como un grupo diferente, y quizá propenso a bromas y burlas, que como tal no llegué a observar en el trabajo de campo. No obstante, es un asunto que debe explorarse con mayor detenimiento.

Es precisamente en estos lugares de reunión donde me establecí la mayor parte del tiempo que realicé trabajo de campo. Estos sitios se conforman en espacios públicos, muchos de ellos emblemáticos para estos migrantes porque es en torno a ellos donde han establecido sus actividades comerciales, laborales o de residencia al pasar o establecerse en la ciudad.

Muchos de esos espacios de reunión se ubican a la salida de estaciones del Sistema de Transporte Metropolitano (Metro), cercanas a sus lugares de trabajo o residencia, en jardines o parques (como el Bosque de Chapultepec o la Alameda Central, donde pasan su tiempo libre en la ciudad), en mercados y tianguis (como los de San Ángel, Tacubaya, Tacuba, San Cosme), en centros religiosos (como la Basílica de Guadalupe —La Villa—) y en los alrededores de las Centrales de Autobuses Foráneos (Poniente, Oriente, Norte o Sur), pues son los lugares de arribo de estos migrantes.

Alrededor de estos espacios se han creado comercios de comida, ropa y productos varios, así como establecimientos, en los que estos migrantes pueden beber alcohol, bailar y escuchar música (loncherías, cantinas y salones de baile); comercios todos que tienen por público cautivo a estos migrantes, que en su mayoría son jóvenes deseosos de consumir lo que la ciudad ofrece.

En dichos espacios estos jóvenes migrantes se conforman como un grupo particular en la ciudad, con respecto a otros grupos etarios de migrantes y a los grupos juveniles urbanos. Precisamente como un grupo juvenil son descritos por Federico Gama (2008) y José Ángel Sánchez (2009), quienes se concentran en los varones para caracterizar su especificidad, aunque en el grupo también participan mujeres que crean su propio estilo.

Por lo tanto, en estos espacios de reunión de migrantes, es importante caracterizar tanto las formas masculinas como femeninas, así como las relaciones inter e intragénero en las dinámicas que se establecen en las prácticas que estos jóvenes tienen en los lugares de reunión, y que yo traté de desmenuzar en la observación etnográfica que realicé, principalmente en dos salones de baile, los cuales caractericé como cronotopos de género, pero también étnicos, pues a ellos acuden migrantes

de distintas etnias indígenas, mestizos y hasta hijos/hijas de inmigrantes ya nacidos en la ciudad.

Relaciones de género e interétnicas en dos salones de baile

Los salones de baile en los que realicé la observación etnográfica fueron el Rodeo Revillagigedo y Quebradita 2000, ubicados a los alrededores de la Alameda Central. Estos salones fueron considerados como cronotopos de género, pues siguiendo a Teresa del Valle se refieren a:

[...] puntos donde el tiempo y el espacio imbuidos de género aparecen en una convergencia dinámica. Como nexos poderosos cargados de reflexividad y emociones, pueden reconocerse en base a las características siguientes: actúan como síntesis de significados más amplios, son catárticos, catalizadores, condensan creatividad y están sujetos a modificaciones y reinterpretaciones continuas. Son enclaves temporales con actividades y significados complejos en los que se negocian identidades, donde pueden estar en conflicto nuevas interpretaciones de acciones, símbolos cargados de desigualdad. Puede negociarse la desigualdad y o reafirmarse, expresarse. Lo mismo puede ser objeto del mismo proceso la igualdad. En muchos casos son los espacios-tiempos donde se observan las *fisuras incipientes* de lo que más tarde puede erigirse en un cambio manifiesto. (Del Valle, 2000: 246)

Los cronotopos genéricos pueden analizarse a través de la etnografía, donde es necesario identificar una situación particular, los espacios en los que se definen y se expresan las identidades (Ídem: 249). De esta manera, observé en los salones de baile las diferentes formas de relación que se establecen entre mujeres y hombres, pero también entre diferentes grupos étnicos, por lo que consideré que estos salones debían ser analizados también como un cronotopo étnico; donde las categorías que diferencian a indígenas y mestizos, urbanos y rurales, recién llegados/as y con experiencia en la ciudad, constituían posiciones sociales que explicaban las diferentes situaciones con las que me iba topando en la descripción etnográfica. Es así que pude describir a diferentes grupos de jóvenes dentro de un escenario festivo, colorido, sonoro, multicultural y, por

supuesto, heterogéneo, pues los salones de baile se componían de distintos actores: mujeres, varones, indígenas, mestizos, migrantes, hijas/hijos de inmigrantes, trabajadores, estudiantes, etcétera.

Amistad y solidaridad entre las jóvenes indígenas y mestizas

En el artículo de Helena Wulff (1995b), titulado *Inter-racial friendship: consuming, youth styles, ethnicity and teenage femininity in South London*, la autora explica la forma en que los jóvenes de zonas urbanas enfrentan de manera particular la mezcla cultural. Tal fenómeno trae como resultado antagonismo entre diferentes grupos culturales, pero también puede resultar en alianzas que se manifiestan de distintas formas. Para entender las mezclas culturales se han elaborado distintos conceptos como bricolaje, sincretismo o hibridación.

En este sentido nos dice Wulff: “las mezclas culturales y étnicas son particularmente obvias para la gente joven dentro de las áreas urbanas, y estos conceptos han contribuido a iluminar su conducta. Las explicaciones, sin embargo, la mayoría de las veces se han enmarcado en perspectivas macro, centrándose en temas de clase y etnicidad”. Ella propone como complemento una perspectiva micro, analizando a “un grupo de jóvenes mezclado étnicamente en el club de chicas locales al sur de Londres a principios de la década de 1980, que subsecuentemente llegaron a ser amigas” (1995b: 63).

Si bien no podríamos equiparar del todo la relación que se da entre personas blancas y negras en el contexto interracial de una ciudad como Londres, con la relación que establecen indígenas y mestizas en el contexto interétnico de la Ciudad de México; el grupo de adolescentes negras y blancas que estudió Helena Wulff, parecían manejar la contradicción étnica y racial que existe entre los grupos mestizos e indígenas en México, porque su situación social era común, pues tanto unas como otras provenían de entornos sociales muy parecidos, además de compartir la situación de migración. Esta situación común se ve reforzada con la composición de sus estilos, los cuales tenían gran similitud. Las jóvenes que acuden a los salones de baile tienden a conformar grupos compuestos por familiares, parientes y paisanas. Sin embargo, la migración y

la propia vida urbana posibilita a estas jóvenes otras formas de agrupación basadas en redes laborales y de amistad, que es también importante destacar. Fue así como localicé a grupos compuestos por jóvenes de un mismo grupo familiar, de parentesco y/o étnico, pero que tienen la posibilidad de relacionarse con otras personas, varones y mujeres, que no necesariamente son parte del grupo social al que ellas pertenecen.

En la siguiente ficha etnográfica Norma⁸ (nahua, Puebla) explica cómo acude al salón de baile con una compañera del trabajo:

[...] ella es una muchacha que trabaja en una casa en la misma calle donde trabajo, ella es de Veracruz, con ella vengo al centro, nos acompañamos cuando venimos para acá, ella tiene una hermana que vive por Cabeza de Juárez, a veces también [voy] con ella a visitarla...es que yo no tengo familia aquí en la ciudad, bueno sí tengo, pero no nos frecuentamos, sólo allá en el pueblo si nos visitamos. Lo que pasa es que mi mamá murió hace cinco meses...ella tenía la diabetes, desde que tuvo a mi hermanita se puso muy mal del riñón...estaba muy enferma...ella me dejó su lugar de trabajo...ella si se llevaba bien con la gente del pueblo que vivía aquí...pero yo no los frecuento.

Por su parte Tavita (mestiza, Chiapas), me explica que tampoco tiene familia en la ciudad, sólo su hermana, ambas trabajan en un restaurante como cocineras:

No salgo muy seguido, si puedo vengo con las muchachas [de la cocina económica donde trabaja], pero a veces también vengo sola. Ahorita estaba platicando con ella [señalando a Norma]. Si vengo sola, mejor platico con una muchacha [...] es que si los muchachos te ven sola te quieren platicar, a mí no me gusta porque luego no te los quitas de encima.

¿Es muy seguido que vengan solas a un lugar como estos? les pregunto, Norma responde:

[...] yo tampoco salgo seguido, pero sí vengo sola, pues luego no tengo con quién venir, pero luego conoces a más gente. Ella tiene razón, yo prefiero platicar con otras mujeres [...] las

⁸ A petición de las jóvenes entrevistadas, utilizo su nombre real.

gentes que vienen aquí no todas son de la ciudad, otras sí, pero si les preguntas ves que no son de la ciudad.

¿Y de qué platicas con otras muchachas? Tavita responde: “De dónde trabaja, por dónde vive, que de dónde vienes... Así sale la plática”.

Por su parte, Laura (mazahua, Michoacán) tenía a varios familiares en la ciudad, y casi siempre sus días de descanso la pasa con ellos. Junto con sus hermanos, sus primas, pero también con amigas que ha conocido en la ciudad acostumbraban salir los domingos al centro para comer, hacer compras o pasear por la Alameda. Sin embargo, la primera vez que hablé con ella estaba sola, al preguntarle por qué, ella contestó lo siguiente:

Pues me había quedado de ver en el metro con una de mis primas, la esperé un buen rato, pero no llegó, me salí a ver si la encontraba, ya estoy desde hace un rato aquí, igual si no llega, pues aunque sea veo si conozco a alguien [...] Si son varios los que conozco, ya he hablado con muchos que están aquí, a otros pues no los conozco, son muchas muchachas y muchachos los que vienen aquí, pero sí, sí conozco a varios. [¿Por qué te gusta venir a estos lugares? Le pregunto]. Pues me gusta ver los puestos, pero vienes a pasar el rato, a hacer cosas diferentes. Platicas con otros muchachos [refiriéndose a mujeres y a hombres]. Si traigo dinero me compro algo, sino pues estás viendo, ves que hacen los otros muchachos [refiriéndose a mujeres y a hombres].

Tavita, Laura y Norma coincidieron que ir a estos espacios tenía como finalidad distraerse de la rutina del trabajo y poder conocer a otras personas. Contrario a lo que yo pensaba, en los planes de estas jóvenes no estaba el de conocer a alguien del sexo opuesto. Por lo menos estas tres jóvenes aún no estaban dispuestas a casarse de manera inmediata, principalmente porque se sentían todavía jóvenes para el matrimonio, pero también porque “los hombres de ahora no se comprometen”, me explicaba Tavita durante la primera conversación que tuvimos. Además me aclararon que los varones que asisten a esos espacios no aceptan un no por respuesta:

Si permites que un muchacho de aquí te haga la plática, luego ya no te lo puedes quitar de encima, una debe de tener cuidado de con quién platicas, la mayoría de los hombres piensan que si les hablas es porque eres fácil, por eso mejor yo trato de no hablar con ninguno.

Lo que se puede advertir en estas fichas etnográficas es que las jóvenes ubican estos lugares de reunión perfectamente. Asisten para compartir actividades que les son placenteras, en especial para convivir con otras iguales a ellas. Las jóvenes refuerzan sus redes sociales con las mujeres de su mismo grupo cultural, pero asistir a los lugares de reunión les da la posibilidad de extenderlas o construir nuevas redes.

Lo anterior se puede ver con mayor claridad en el caso de Martha Noemí (*Mam*, Chiapas), que cuando llegó a la ciudad no conocía a nadie. Un policía en la terminal de autobuses donde durmió algunas noches le había dicho que en la Alameda Central los domingos “muchas muchachas como ella paseaban” en dicho parque, y que quizá alguna podía conseguirle trabajo. Así fue como conoció a Valentina, una joven migrante mestiza proveniente de Veracruz, quien le dio asilo en el cuarto que rentaba con su hermana y le ayudó a encontrar trabajo, la misma joven explica.

Ella estaba sentada en una banca, yo me senté ahí a un lado y comenzamos a platicar. Me explicó su situación, que no tenía ni dónde quedarse. Yo simplemente dije ‘si estuviera en la misma situación y le platicara a una paisana’, la verdad si me gustaría que me echara la mano [¿aunque no la conocieras? Pregunté], pues es que entre paisanas debemos ayudarnos. Aquí en la ciudad, la verdad nadie te ayudaría, pero entre paisanas sí lo podemos hacer (Conversación con Valentina y Martha Noemí)

Nuevamente, podemos plantear que estos lugares de reunión de migrantes son un espacio en el que las integrantes de redes se encuentran entre sí, después de la jornada semanal de trabajo, pero también son espacios en los que las jóvenes tienen la oportunidad de construir nuevas redes que se establecen a través de lazos de amistad y solidaridad entre “paisanas”. Esto último, no obedece a que provengan de la misma comunidad, región o entidad federativa, más bien a que no nacieron en la ciu-

dad, lo cual les permite identificarse como parte del mismo grupo, pese a las diferencias étnicas.

Relaciones de género entre mujeres y hombres migrantes

Considero que las tensiones o conflictos que viven las jóvenes en los lugares de reunión de migrantes están en las relaciones que establecen con los hombres. Uno de los supuestos que tenía al iniciar la investigación, era que las jóvenes que migran para trabajar en la ciudad tenían mayores posibilidades de ejercer su sexualidad. Sin embargo, los cambios en la experiencia sexual de estas jóvenes migrantes no son tan drásticos como yo lo creía, ya que la familia y comunidad continúan ejerciendo fuertemente el control sobre la sexualidad femenina, incluso estando lejos, pues las propias jóvenes y de manera especial su contraparte masculina, reproducen tales formas de control en el lugar de desplazamiento.

Lo que está sucediendo, más bien, es que la migración trae consigo una flexibilización de las formas para concertar los matrimonios, permitiendo modificar las etapas y los rituales que permiten la consolidación de una pareja como matrimonio.⁹ Uno de estos cambios es el de embarazarse antes del matrimonio, lo cual trae un riesgo, pues las jóvenes no tienen certeza de que los varones de quienes pueden llegar a quedar embarazadas efectivamente se comprometan con ellas, sea porque son de otro grupo étnico, o porque los hombres de su misma comunidad dudan de su paternidad ante la apertura sexual de la joven. De ahí que las jóvenes tratan de mantener la endogamia.

Esto lo observa Adela Díaz Meléndez en su propia investigación con mujeres jóvenes de la huasteca que trabajan en el Área Metropolitana de Monterrey:

Cuando las jóvenes migrantes de la Huasteca encuentran pareja con quien deciden casarse, o bien se embarazan, regresan a sus comunidades de origen, e inician los primeros años de sus vida marital, por lo general en unión libre. De esta manera, la mayoría de las uniones conyugales de los casos nahuas revisados,

⁹ Distintas autoras han observado esta situación al trabajar con diferentes grupos de migrantes. Ver entre otras: Soledad Gonzáles, 1999; Cristina Oehmichen, 1999 y 2001; María Eugenia D'Aubeterre, 2002.

similar a lo planteado en otras regiones, se ritualizan, después de algunos años de que la pareja ha vivido en unión libre y procreando hijos, ya que de acuerdo a los usos y costumbres de las comunidades indígenas, es a partir de que se tienen varios hijos cuando se considera legítima la unión y por lo tanto existe un vínculo matrimonial (Díaz, 2009: 189).

Sin embargo, en la ciudad de México, la diversidad cultural de las y los jóvenes que asisten a los lugares de reunión de migrantes, es mucho más amplia e incluye no sólo a indígenas de diferentes etnias, sino también a mestizos. Aunque también percibí una tendencia a establecer relaciones de pareja entre mujeres y varones del mismo grupo étnico y hasta de la misma comunidad, la posibilidad de parejas mixtas está muy latente.

Violencia y alcohol entre varones migrantes

Por supuesto también observé a los varones, quienes comparten entre ellos “el gusto por el alcohol y las mujeres”, según me explica Alejandro (mestizo, Veracruz), también pasan algunos momentos con muchachas con quienes han tenido, tienen o desean tener una relación amorosa. Para dar una mejor idea, presento un extracto de mi diario de campo.

Por supuesto, vi que las jóvenes consumían alcohol hasta el punto de embriagarse y también entre ellas había trifulcas, pero esto era mucho menos frecuente. Los hombres, por el contrario, solos o en grupo solían consumir grandes cantidades de alcohol, y esto los llevaba a protagonizar peleas entre ellos al salir del salón de baile. La fuerza y la virilidad la demuestra aquél que resiste beber más y que es capaz de pelear con otros varones, en especial si estos son militares, quienes son ubicados por la cabeza rapada o las botas militares.

Tal situación fue confirmada en un par de conversaciones que tuve con José Luis, joven *teenek* de la huasteca veracruzana, con 27 años de edad. Cuando lo conocí en el “Salón Revillagigedo” estaba en el último año de la carrera de ingeniería civil en el ejército. José Luis asistía al Salón Revillagigedo desde hacía varios años, le gustaba asistir por la música que tocaban y para pasar el tiempo cuando no es-

taba en el campo militar, pues en la ciudad no conocía a nadie. Ahí se había hecho de novia, a una muchacha veracruzana con quien había querido casarse, desafortunadamente ella había terminado con él, piensa que debido a que dio prioridad a su carrera, la cual no imagino iniciar y menos terminar.

José Luis, así como muchos otros jóvenes asistentes a los salones de baile, es un migrante que tiene poco contacto con familiares, parientes o paisanos. Así es que al asistir a estos lugares de reunión de migrantes encuentra un espacio de pertenencia. El joven militar y Alejandro (*nabua*, Puebla) coincidían en que en estos espacios pueden encontrar la oportunidad para encontrar una mujer con quien poder “juntarse para formar una familia”, pero al igual que varias de las jóvenes entrevistadas consideraban que esto podía esperar. El joven *nabua*, por ejemplo, había decidido esperar a tomar este paso hasta terminar una casa que estaba construyendo en su pueblo.

Mi estancia con estos jóvenes migrantes me acercó en estos lugares de reunión a la experiencia masculina, que al igual que la femenina reproduce estereotipos, roles y patrones de conducta, propios de las sociedades rurales e indígenas, que se esperan de cada sexo. En este sentido podemos decir que las/los migrantes, aunque desplazados de sus lugares de origen pueden reproducir algunos elementos socioculturales para su socialización en los lugares de reunión de migrantes en la ciudad.

No obstante, el desplazamiento ofrece a mujeres y varones nuevas posibilidades, que marcan quiebres en la socialización de estos jóvenes, entre ellas destaco las actividades o prácticas de consumo y divertimiento, así como formas diferentes de relación con sus pares; elementos que también me interesa mostrar en esta etnografía.

Conclusiones

La juventud indígena es una categoría que ha comenzado a ser teorizada y caracterizada hace apenas un par de décadas en la investigación social en México y otros países latinoamericanos, esto debido al cruce de varios factores, que han permitido hacer visible a un actor social no contemplado como sujeto de investigación en los análisis antropológicos más destacados sobre pueblos y culturas indígenas: los jóvenes indígenas.

En la migración participan en menor o mayor medida prácticamente todos los grupos sociales del país. No obstante, un grupo que ha incrementado su participación en los últimos años en este fenómeno son los jóvenes rurales y entre ellos los indígenas, quienes se incorporan a los diferentes flujos migratorios, según el sexo, edad, estado civil, estrato socio-económico, nivel de estudios, grupo étnico de origen y región geográfica; condiciones que se combinan de manera compleja para su análisis.

Con el cuadro general de la investigación realizada con jóvenes indígenas migrantes en la ciudad, me propuse mostrar algunos datos etnográficos que nos permiten observar las formas en que mujeres indígenas y mestizas logran relacionarse en la ciudad a pesar de las marcas étnicas que les diferencian, pero que se tornan conflictivas cuando estas jóvenes se relacionan con su contraparte masculina, pues persisten asimetrías de género que vulneran a estas jóvenes en las relaciones afectivas y amorosas con los varones migrantes, quienes también se relacionan a partir de lazos de amistad en los que tampoco se da peso a las diferencias étnicas.

Sin embargo, entre los varones está presente la necesidad de mostrar su hombría y virilidad, la cual se demuestra siendo bueno para beber grandes cantidades de alcohol, golpear a otros hombres y llevar a la cama el mayor número de mujeres, por lo que estas últimas se muestran cautelosas al tratar con los jóvenes, quienes pueden ser sus esposos o padres de sus hijos/as.

Recepción: Julio de 2012

Aprobación: Diciembre de 2012

Jahel López Guerrero

Mexicana. Maestra en Antropología Social (Candidata a Doctora en Antropología) por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-DF) (Posgrado en Antropología, UNAM). Líneas de investigación o trabajo profesional: Género y trabajo. Género y etnicidad. Género y juventud.
Correo Electrónico: jahellg1973@yahoo.com.mx

Referencias bibliográficas

- Adán, C. (2006). Género, experiencia de las mujeres y situación. En: A. Carme (comp.) *Feminismo y conocimiento. De la experiencia de las mujeres al ciborg* (pp. 223-301). Coruña: Ediciones Spiralia Ensayo.
- Alpizar, L. y Bernal, M. (2003) La construcción social de las juventudes. En: *Última década. 19*, pp. 1-20.
- Amit-Talai, V. and Wulff H. (eds.) (1995). *Youth cultures. A cross-cultural perspective*. London and New York: Routledge.
- Arias, P. (2009). *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familiar rural*. México: Universidad de Guadalajara, Miguel Ángel Porrúa.
- Arizpe, L. (1978). *Migración, etnicismo y cambio económico. (Un estudio sobre los migrantes campesinos en la ciudad de México)*. México: El Colegio de México.
- Arteaga, C. (2001). Identidades y relaciones de género de chavos banda en la ciudad de México. Un estudio de caso exploratorio en la delegación de Tlalpan. Informe final del concurso: *Culturas e identidades en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas CLACSO.
- Bello Maldonado, Á. (2008) Los espacios de la juventud indígena. Territorio y migración en una comunidad purépecha de Michoacán, México. En: M. L. Pérez Ruíz (coord.) *Jóvenes indígenas y globalización en América Latina* (pp. 181-203). México: INAH.
- Berga, A. (2003) Aprendiendo a ser buenas. Los procesos de riesgo social en las adolescentes. En: *Jóvenes. Revista de Estudios sobre la Juventud* (Número temático: Aportes a la investigación en juventud). 7(19), pp. 116-141.
- Bonder, G. (1999). La construcción de las mujeres jóvenes en la investigación social. En: *VI Anuario de Investigaciones*. Buenos Aires: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

- D'Aubeterre Buznego, M. E. (2002). Migración transnacional, mujeres y reacomodos domésticos. En: M. da Gloria Marroni y M. E. D'Aubeterre (comps.) *Con voz propia, mujeres rurales en los noventa* (pp. 45-68). México: BUAP.
- Del Valle, T. (2000). Procesos de la memoria: cronotopos genéricos. En: T. del Valle (ed.) *Perspectivas feministas desde la antropología social* (pp. 243-265). Barcelona: Ariel.
- Díaz Meléndez, A. (2009). *Migración indígena y apropiación del espacio urbano en Monterrey. El caso de la Alameda*. México: Universidad de Monterrey, CIESAS.
- Duarte Quapper, K. (2000). ¿Juventud o juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente. En: *Última Década*. 13, pp. 59-77.
- Durín, S. (2009). *En Monterrey hay trabajo para mujeres. Procesos de inserción de las mujeres indígenas en el Área Metropolitana de Monterrey*. México: UNESCO, CIESAS, CDI.
- Farfán Morales, M. O.; Castillo, J. A. y Fernández Areu, I. (2003). Territorialidad indígena: migrantes mixtecos y otomíes en Nuevo León. En: A. Barabas (coord.) *Diálogos con el territorio. Simbolizaciones sobre el espacio en las culturas indígenas de México*. III (pp. 331-393).
- Feixa, C. (1998). *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*. México: Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud (Colección Jóvenes No. 4).
- Feixa, C. y González, Y. (2006). Territorios baldíos: identidades juveniles indígenas y rurales en América Latina. En: *Papers*. 79, pp. 171-193.
- Garber, J. y Angela M. ([1976]1983) Girls and subcultures: an exploration. En: S. Hall & T. Jefferson (eds.) *Resistance through rituals. Youth subcultures in post-war Britain*. (pp. 209-221) London: Hutchinson University Library. Disponible en: <http://www.gold.ac.uk/media/girls-subculture.pdf>
- González, S. (1999). Las "costumbres" de matrimonio en el México indígena contemporáneo. En: *México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos* (pp. 87-105) México: COLMEX y Sociedad Mexicana de Demografía.
- Hiernaux-Nicolas, D. (2000) *Metrópoli y etnicidad. Los indígenas en el Valle de Chalco*. México: FONCA/El Colegio Mexiquense.
- Mead, M. (1994). *Adolescencia y cultura en Samoa*. México: Paidós.
- Mier y Terán, M. y Rabell, C. (2005). Introducción. En: M. Mier y Terán y C. Rabell (coords.) *Jóvenes y niños: un enfoque sociodemográfico* (pp. 7-22). México: UNAM/IIS/FLACSO.
- Oehmichen Bazan, C. (1999). La relación etnia-género en la migración femenina rural-urbana: mazahuas en la ciudad de México. En: *Iztapalapa*. 45, pp. 107-132.
- Oehmichen Bazan, C. (2001). *Mujeres indígenas migrantes en el proceso de cambio cultural: análisis de las formas de control social y relaciones de género en la comunidad extra-territorial*. Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.

- Pacheco Ladrón de Guevara, L. (1997). La doble cotidianeidad de los huicholes jóvenes. Aportaciones sobre la identidad juvenil desde la etnografía. En: *JÓVENES. Revista de estudios sobre juventud*. 1 (4), pp. 100-112.
- Pérez Islas, J. A. (2008). Juventud: un concepto en disputa. En: J. A. Pérez Islas, M. Valdez y M. H. Suárez (coords.) *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos* (pp. 9-33) México: UNAM-Miguel Ángel Porrúa.
- Pérez Ruiz, M. L. (2000a). *¡Todos somos zapatistas! Alianzas y rupturas entre el EZLN y las organizaciones indígenas*. Tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa. México, Distrito Federal.
- Pérez Ruiz, M. L. (2008b). Presentación. Jóvenes indígenas en América Latina ¿Globalizarse o morir? En: M. L. Pérez Ruiz (coord.) *Jóvenes indígenas y globalización en América Latina* (pp. 45-67). México: INAH.
- Reguillo, R. (2000). Las culturas juveniles: un campo de estudio; breve agenda para la discusión. En: G. Medina (comp.) *Aproximaciones a la diversidad juvenil* (pp. 19-43) México: COLMEX (Centro de Estudios Sociológicos).
- Reguillo, R. (2010). La condición juvenil en el México contemporáneo. Biografía, incertidumbres e historias. En: R. Reguillo (coord.) *Los jóvenes en México* (pp. 395-429). México: FCE/CONACULTA.
- Reyes Eguren, A. (2010). *Juventudes Migrantes: Jóvenes varones transitando hacia la adultez en el contexto de la migración México-Estados Unidos*. Tesis de Maestría, CIESAS-DF.
- Riquer, F. y Tepichin, A. M. (2003). Mujeres jóvenes en México. De la casa a la escuela, del trabajo a los quehaceres del hogar. En: E. Pieck (comp.) *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social* (pp. 493-525). Instituto de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación. México: Universidad Iberoamericana.
- Sánchez Chávez, J. Á. (2009). *Jóvenes, identidades migrantes, subcultura y performance*. Tesis de Especialidad en Sociología Rural. Universidad Autónoma Chapingo.
- Sassen, S. (2007). *Sociología de la globalización*. España, Argentina: Katz Editores.
- Silveira, S. (2003). La dimensión de género y sus implicaciones en la relación entre juventud, trabajo y formación. En: E. Pieck (comps.) *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social* (pp. 457-491). Instituto de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación. México: Universidad Iberoamericana.
- Urteaga Castro-Pozo, M. (1990). Chavas activas punks: la virginidad sacudida. En: *Estudios Sociológicos*. XIV (40), pp. 97-118.
- Urteaga Castro-Pozo, M. (1996). Las bandas juveniles, una mirada al género. En: N. Tello Peón (comp.) *Rediseñando el futuro: retos que exigen nuevas respuestas* (365-378). Memoria IV Congreso Internacional de Trabajo Social. México: UNAM.

- Urteaga Castro-Pozo, M. (2008a). Jóvenes e indios en el México contemporáneo. En: *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales sobre Niñez y Juventud*. 6(2), pp. 667-708.
- Urteaga Castro-Pozo, M. (2008b). Lo juvenil en lo étnico. Migración juvenil indígena en la sociedad contemporánea en México. En: *Punto-e-vírgula* (pp. 261-275).
- Urteaga Castro-Pozo, M. (2010). Género, clase y etnia. Los modos de ser joven. En: R. Reguillo (coord.) *Los jóvenes en México* (pp. 15-51). México: FCE/CONACULTA.
- Valdés, L. M. (2004). Reflexiones sobre la transición demográfica en la población indígena. En: E. Zúñiga (coord.) *Temas de población. Reflexiones sobre la transición demográfica y sus implicaciones sociales. 30 años de política de población* (pp. 73-84). México: CONAPO.
- Wulff, H. (1988). *Twenty girls. Growing-up, ethnicity and excitement in the South London Microculture*. Stockholm: Stockholm Studies in Social Anthropology.
- Wulff, H. (1995a). Introduction: Introducing youth culture in its own Right: the state of the art and new possibilities. En: V. Amit-Talai and H. Wulff (eds.) *Youth cultures. A cross-cultural perspective* (pp. 1-18). London and New York: Routledge.
- Wulff, H. (1995b). Inter-racial friendship: consuming youth styles, ethnicity and teenage femininity in South London. En: V. Amit-Talai and H. Wulff (eds.) *Youth cultures. A cross-cultural perspective* (pp. 63-80). London and New York: Routledge.
- Zúñiga, E. (2004). Introducción. En: E. Zúñiga (coord.) *Temas de población. Reflexiones sobre la transición demográfica y sus implicaciones sociales. 30 años de política de población* (pp. 11-18). México: CONAPO.